
Hitler

SHIGERU MIZUKI

Astiberri, 2017



Al hablar de un personaje como Adolf Hitler nos pueden venir muchos adjetivos a la cabeza. Monstruo. Líder. Tirano. Genocida. Si elaboráramos un poco más, podríamos hablar de pintor frustrado, adicto a las drogas o figura histórica por excelencia con una flor en el culo. Pero la palabra que jamás ha utilizado nadie para definirlo es mono. Nadie, más allá de su familia cuando era un bebé. En cambio, si hablamos del Hitler de Shigeru Mizuki, es imposible que no salga esa palabra media docena de veces.

Shigeru Mizuki es una rareza. Habiendo participado en la Segunda Guerra Mundial, contraído la malaria en Nueva Guinea y perdido el brazo izquierdo (siendo zurdo) en un bombardeo de los aliados, tras acabar la guerra decidió volver a Nueva Guinea, solo para encontrar que la ocupación de Japón y el hecho

de que su hermano mayor fuera ejecutado por crímenes de guerra hicieron imposible ese último sueño de Mizuki. Algo que le hizo trabajar en diversos oficios a lo largo de más de diez años. Pero, en toda su rareza, Mizuki acabaría debutando como autor de manga en 1957, cuando ya contaba con treinta y cinco años y solo tenía el brazo con el que no era diestro.

A partir de entonces ya no paró de dibujar. Abandonando pronto los principios del dibujo americano con el que debutó, no tardaría en adoptar el estilo con el que ha pasado a la historia: dibujos redondeados, rostros muy expresivos y una perfecta combinación de personajes *cartoon* con fondos repletos de detalle y realismo.

Y eso es lo que hizo en su biografía de Hitler. Un personaje *cartoon*, expresivo, mono, para un (tras)fondo repleto de detalle y realismo.

De hecho, si obviamos su excelente portada, eso es algo muy llamativo del manga. Tras empezar con fondos muy detallados, pasando de los campos de exterminio a un desfile nazi, todo ello trazado con enfermiza precisión —algo evidente en cómo se recrea en los detalles de la arquitectura, especialmente de columnas y baldosas—, el protagonista de la historia no aparece hasta la antepenúltima viñeta del primer capítulo. Y cuando lo hace, no lo hace de

un modo imponente. No es como los pelotones de fusilamiento, dibujados como hombres de aspecto realista a punto de fusilar a adorables rebeldes franceses de formas rechonchas, ni tampoco como las calles de París, espectaculares en toda su atención. No. Hitler es un monísimo cabezón de gesto expresivo.

Esa es la carta de presentación de Mizuki. Tras un prólogo repleto de detalles y contrastes, la cara de Hitler convertido en un diseño digno de un adorable peluche.

Solo con eso ya debería quedarnos claro que esta no es una biografía al uso. Ni lo pretende. Mizuki quiere retratar a Hitler, el ser humano, en toda su grandiosidad y ridiculez. Por eso le sigue en sus momentos álgidos, en sus momentos más bajos, pero siempre pone atención plena cuando, en apariencia, no está ocurriendo nada. Cuando Hitler puede dejar de ser el *Führer*, el hombre del cual está enamorado todo un país, para poder ser Adolf, el ser humano con sus vicios y virtudes.

A ese respecto, no solo juega a su favor su perfecto contraste entre lo detallado de los decorados y lo sencillo de sus personajes, sino también la intromisión de breves momentos documentales.

Sin durar más de una o dos viñetas, a lo largo del manga hay enormes elipsis que van poniéndonos en situación de cómo se sucede la guerra. Qué se ha invadido, qué se ha ganado y qué se ha perdido se resuelve con una viñeta elegante, cuatro frases y, de vez en cuando, con Hitler haciendo algo simpático, divertido o directamente idiota. O que lo sería de no ser porque es el modo de Mizuki de intentar rebajar la tensión ante el hecho evidente de lo que está ocurriendo: ese hombre tan gracioso es Adolf Hitler. Y está intentando conquistar el mundo.

Eso puede hacernos pensar que Mizuki es equidistante a la hora de juzgar a Hitler. Pero no es así. En realidad, Mizuki hace lo contrario. Ni lo retrata como un mecanismo de la historia, ni como un héroe, ni como un villano. Para él, Hitler es Hitler. Es Adolf. El ser humano. Y como tal lo retrata.

Ya sea entusiasmándose con cada comida que le sirven o viniéndose arriba al dar un discurso, el Hitler histórico, el hombre grande de la Alemania nazi, aparece entre bambalinas. Solo por lo que dicen de él sus asesores, por cómo nos va informando Mizuki a través de las elipsis y por quienes son las personas con las que habla o alterna, podemos ver a la Historia entrando en acción. Porque el resto del tiempo es la vida de un hombre cuestionable, un poco idiota, carismático hasta rozar lo increíble y, a veces, tan increíblemente humano y cercano como puede serlo un tío o un primo lejano, un poco paleta, un poco irritante, pero por el cual no podemos evitar sentir un cariño especial.

Adolf, el carismático. Adolf, el comilón. Adolf, el hombre que llora amargamente la muerte de su perro y se queda un poco cortado cuando Franco le ofrece ir a los toros. Eso es Hitler. No ya una biografía, sino un manga en su sentido más estricto de la palabra: la historia de

un hombre donde prima la narrativa, comprender quién era Adolf Hitler, que intenta dar una respuesta ideológica, saber si era un héroe o un villano.

Porque el Hitler de Mizuki es muy mono. Dan ganas de abrazarlo, de abofetearlo, de reír y de llorar con él. Porque ya no es Adolf Hitler, la figura histórica. Es solo Adolf: el hombre.

ÁLVARO ARBONÉS

Álvaro Arbonés (Zaragoza, 1988) ha estudiado Filosofía en la Universidad de Zaragoza. Escribe crítica cultural en varios medios de Internet (Entrecomics, Mondo Pixel, Miradas de Cine, Studio Suicide). Fue uno de los ganadores del Primer Premio Internacional de Lectura Literaria y también uno de los ganadores del Premio Ariel mejores blogueros jóvenes de ensayo.